**De libros, lecturas**

**y aprendizajes**

“La literatura refleja nuestro desencuentro, y vale como tal, en su errancia.” Rafael Cadenas: *Dichos*

Los instantes vividos por cada escritor, se vuelcan sobre páginas abarrotadas con signos sujetos a la comprensión de la lectura. Los libros hablan y, al leerlos, también los escuchamos. Para que nuestras lecturas *signifiquen* y se integren a nuestra experiencia, tienen que comenzar por hacerse diálogo. Leer es dialogar: comunicación entre las razones del libro y las nuestras; encuentro de palabras y perspectivas: las del lector y las del escritor. Dialogar es, también, responder. Al leer respondo a eso que otro me dice. Mi diálogo con el libro es, sobre todo, mi respuesta a él.

Hablar con los libros es hacer de ellos algo real; descubrir influencias que incorporamos al espacio de nuestras propias experiencias. Existen libros que añaden en nosotros imágenes, rostros, escenas y acciones que quizá nunca llegarán a abandonarnos del todo. Libros que nos guían, que nos señalan opciones a las que acogernos, inconscientemente, sin darnos cuenta, acaso, de que ellos están escribiendo una suerte de subrepticio guión para muchos de nuestros pasos. A través de los libros, podemos identificarnos con gestos y respuestas que nos sentimos capaces de asumir, modelos en los que podemos reconocernos.

Con algunos libros nos identificamos. Y conversamos con esas palabras que convertimos en parte de nuestro repertorio de palabras. Como cualquier experiencia de comprensión, la lectura amplía o modifica nuestros horizontes, contribuyendo a conformar un personal mapa del universo, cartografía o diseño ético en el que orientar muchos de nuestros recorridos.

El aprendizaje de la lectura llega lentamente, en un largo proceso relacionado con nuestras vivencias y con el desarrollo de un gusto. A medida que el tiempo avanza sobre nosotros, vamos haciéndonos más selectivos con autores y textos. Apenas algunos autores y apenas algunos libros llegan a conformar ese pequeño círculo de lecturas que el tiempo estrechará en torno nuestro. Y nos volvemos más reacios a permitir que otros textos entren a formar parte de ese grupo de títulos imprescindibles. En su libro *De lecturas y algo del mundo*[[1]](#footnote-1)\*, dice Alvaro Mutis “El encuentro con ciertos autores significa siempre una esquina decisiva, un crucero fatal que ha de cambiar la vida y marcarnos para siempre. La importancia que dichos nombres puedan tener para nosotros depende de los secretos hilos que mueven nuestro destino, nuestros terrores y nuestros sueños y que, en un momento determinado, son los mismos que mueven al autor que nos deslumbra”.

Leemos a nuestro modo. Leemos, a veces, como entre líneas: extrayendo o añadiendo espacios en blanco que nuestra imaginación, inteligencia, memoria o sensibilidad, se encargarán de completar. Siempre he pensado que no es sino conociendo la biografía del propio Cervantes como podemos entender la atemporalidad del *Quijote*. Cervantes: joven escritor comenzando a hacerse de un nombre, y joven soldado cargado de ilusiones, participa en una de las grandes batallas de la historia: Lepanto. A partir de entonces, ve como la fortuna cambia dolorosamente para él. Hecho prisionero por piratas berberiscos, permanece prisionero por cinco largos años en un calabozo en Argel. La carta de recomendación que le había entregado el gran vencedor de Lepanto, Juan de Austria, no hace sino complicarle las cosas, pues sus captores exigen un rescate mucho mayor del que su familia podía pagar.

De regreso en España, sobrevivirá dependiendo, en medio de muchas penurias, de los trabajos que le encarga una torpe e inmensa burocracia imperial. En uno de esos trabajos, como cobrador de impuestos para contribuir con los gastos del gran proyecto bélico de Felipe II, la *Armada Invencible* encargada de la invasión de Inglaterra, es acusado de corrupción y condenado a la cárcel. Nuevamente prisionero, comienza la escritura de su gran legado a la humanidad: la historia de un hidalgo envejecido que se niega a aceptar el mundo tal cual es y se empeña en creer en otro: un universo de historias de caballería, poblado de irreales personajes y de heroicas hazañas.

Acaso todo ser humano que haya vivido pueda entender esa imagen de profundos y dolorosos contrastes entre un tiempo juvenil cuando todo parecía posible, y la realidad del tiempo de un ser humano que avizora ya su final. Es la mirada vuelta atrás que evoca y compara, y de la comparación extrae conclusiones asentadas en respuestas y verdades muy lejanas de aquellas tempranas percepciones de un joven que empezaba a vivir.

Alguna vez he dicho que lo que más atrae y más me ha conmovido siempre del *Quijote* es su simbología: el ideal enfrentado a la realidad, la fe en las ilusiones opuesta a la verdad cotidiana, la digna madurez de un hombre que por sobre todas las cosas sigue conservando convicciones y sueños. En palabras del escritor Ernesto Sábato: “Cervantes quiso escribir una regocijante parodia de las novelas de caballería y terminó creando una de las más conmovedoras parábolas de la existencia, un patético y melancólico testimonio de la condición humana, un ambiguo mito sobre el choque de las ilusiones con la realidad y de la esencial frustración a que ese choque conduce. ”

1. \* Bogotá, Planeta colombiana, 1999 [↑](#footnote-ref-1)